



## NATIVITY MESSAGE OF HIS BEATITUDE METROPOLITAN TIKHON 2022



Al Clero, Monásticos, y Fieles de la Iglesia Ortodoxa en América,  
Mis amados Hijos en el Señor,

***¡Cristo ha nacido! ¡Glorifiquémosle!***

‘Pero después de muerto Herodes, he aquí un ángel del Señor apareció en sueños a José en Egipto, diciendo: “Levántate, toma al niño y a su madre, y vete a tierra de Israel...”’ (Mateo 2:19-20)

El protagonista, por así decirlo, en los primeros capítulos del Evangelio de San Mateo es el humilde y silencioso hombre a quien llamamos el Justo José el Prometido.

José es llamado ‘justo,’ pues, él vivió según los mandamientos de Dios (Mateo 1:19). Pues, como nos dicen las escrituras, al cumplir los mandamientos, el hombre podrá comprender la verdadera sabiduría. Así como lo dice el salmista, ‘Enséñame buen sentido y sabiduría, porque tus mandamientos he creído’ (Salmo 118:66)

Esto queda atestiguado de manera excepcional en el caso de San José. Él siendo tan justo, tan intachable, fue digno de ser instruido y guiado por un ángel. En un evento que a veces es llamado la anunciación de San José, un ángel viene a este hombre justo en su momento de duda acerca del embarazo de su prometida, y le dice que no tema.

Y esta exhortación de no temer no es tan solo una formalidad, pues las palabras siguientes del ángel revelan una atemorizante y tremenda tarea. El ángel le pide a José que sirva a la Santísima Theotokos y siempre Virgen María como su esposo terrenal (‘Recibe a María tu mujer’), y cuidar al Señor Jesucristo como su padre terrenal (‘llamarás su nombre JESÚS’).

Tan solo esto — el mandamiento de servir como padre adoptivo del Dios de todo y como guardián de la Madre de la Luz — sería suficientemente temible. Pero poco después San José, la Santa Madre y el Hijo a quien él está obligado a cuidar son asediados por circunstancias extraordinarias: una trama de asesinato, un escape a tierra lejana, la travesía hacia otro país. Solo podemos asumir que, en Egipto, entre los desconocidos, lejos de casa y su tierra, la responsabilidad de proveer para su supuesta esposa e hijo era una carga muy grande para este hombre justo.

Pero nuevamente, él recibe las palabras de un ángel, aunque esta vez son palabras de consuelo y alegría: vete a tierra de Israel. Regresa a casa con tu familia; regresa a casa a tu tierra; regresa a tu pueblo y las costumbres de tu tierra.

La primera vez que un ángel visitó al justo José, le trajo una temible orden del Altísimo, una orden que debía ser ejecutada bajo las más difíciles circunstancias. La segunda vez que el ángel vino a él, le trajo un merecido alivio.

Continue on page two

En ambas ocasiones, el justo hombre José fue igualmente obediente de la voluntad divina. Cuando se le ordenó cuidar a la Madre e Hijo, él tomó la tarea sin titubear, sin importar las dificultades que habrían de venir. Y cuando se le dijo que volviese a Israel, él marchó de la misma manera.

La misma forma paradójica en que San José protegió y cuidó al omnipotente Maestro que sostiene la creación entera en la palma de su mano, Dios nos la ha dado a nosotros, los cristianos ortodoxos, un encargo especial de sagrada mayordomía. Dios no necesita nada de nosotros, mas se deleita en permitirnos cooperar con Él en la labor de predicar el Evangelio y santificar al mundo.

Podríamos decir que, al igual que el Justo José el Prometido, somos, por gracia divina, encargados de cuidar a Cristo recién nacido. ¿Pues qué es la Iglesia sino el Cuerpo de Cristo? creciendo en este mundo en sabiduría y estatura hasta que alcance la medida de la estatura de la plenitud de Cristo en siglo venidero (Lucas 2:52, Efesios 4:13). Y todos habremos de compartir la responsabilidad, según la etapa de nuestras vidas, de cuidar a la Iglesia con la oración, apoyo económico, participación en los sacramentos, y compartiendo y enseñando la fe.

Y luego, en otro nivel, estamos encargados en cuidar de Cristo en nuestra vida, en nuestros corazones. San Pablo escribió a los Gálatas que sufría dolores de parto, hasta que Cristo fuera formado en ellos (Gálatas 4:19). Cada uno de nosotros es llamado a revelar a Cristo en nuestra vida, a convertirnos en santos, a convertirnos en Cristo por la gracia. A través del bautismo y la Eucaristía todos hemos recibido a Cristo dentro de nosotros, como si fuese un recién nacido. Con la oración, practicando cuidadosamente las virtudes, atención a nuestros pensamientos, y la cultivación de un amor auténtico por Dios y el hombre, permitimos que Cristo crezca en nosotros, hasta que, ya no seamos nosotros los que vivamos, sino Cristo en nosotros (Gálatas 2:20).

Hoy, al celebrar la Natividad del Salvador en la carne, tomemos a San José como nuestro ejemplo mientras nos afanamos en adoptar a Cristo en la Iglesia y nuestros corazones. Sigamos los mandamientos, discerniendo la voluntad de Dios, y hagamos su voluntad, incluso cuando las circunstancias sean difíciles.

Ciertamente, este mundo es como un Egipto, y cuidar a Cristo y su Iglesia como lo hizo San José siempre implica obstáculos y desafíos. Pero si moramos con el Niño-Cristo en Egipto, fielmente atendiéndole en nuestras vidas y comunidades, podemos estar seguros que, como San José, algún día escucharemos las bienvenidas palabras: id a tierra de Israel —es decir, venid, justos y entrad en las mansiones celestiales que el Padre ha preparado para vosotros desde antes de los siglos. (Mateo 25:34)

Al cuidar de nuestro Salvador y Señor infante de esta manera, mostramos nuestra disposición para cooperar con la gracia de Dios, el Dios que tanto deseo tenernos como sus colaboradores, como sus hermanos, sus amigos y que se dignó en nacer en una cueva y acostarse en un pesebre, 'en una noche fría cuando un silencio tranquilo lo envolvía todo y la noche se encontraba en la mitad de su curso' (Sabiduría 18:14). A Él, nuestro Dios y Señor recién nacido, sea toda la gloria, honor, y adoración, junto con sus Padre eterno y sus santísimo Espíritu, bueno y vivificador.

Con la bendición del Mesías recién nacido, quien es el Señor y Dios antes de los siglos, permanezco sinceramente suyo en Cristo.



+Tikhon  
Arzobispo de Washington  
Metropolitano de Toda América y Canadá.

